

## INTRODUCCION A LA CUARTA EDICION

I. *Aprender una lengua* es frase que envuelve diversos sentidos, según lo que se entienda por *saber* un idioma, y según el fin con que se estudie. Oyendo y repitiendo lo que oye de boca de la madre o la nodriza, aprende el niño a hablar y a entender su lengua nativa; y este método natural basta para adquirir la versación necesaria a los usos comunes de la vida. La gramática es la exposición ordenada y reflexiva del mecanismo de una lengua, conjunto de reglas generales sobre sus diversos recursos y modos de expresión, fundadas en el uso de la sociedad culta y de los escritores atildados; y enseña a hablar y a escribir con corrección y propiedad. La filología, amplia y progresiva en sus investigaciones, considera el habla humana en sí misma como un organismo, indaga sus orígenes, estudia sus afinidades, y procura no tanto establecer reglas, cuanto descubrir las leyes que rigen el desenvolvimiento del lenguaje.

La gramática complementa el aprendizaje práctico de una lengua; es arte, más que ciencia, y se ordena al fin práctico de manejar correctamente un idioma, sin que de aquí se siga que, faltando el auxilio de dotes naturales estéticas y de buena escuela práctica constante, baste ella sola a alcanzar su objeto; bien al contrario, importa no olvidar que el estudio aislado y exclusivo

de la gramática ocasiona un desequilibrio de las facultades mentales, más propio para esterilizar el entendimiento que para fecundar y desenvolver las ideas.

Si la gramática, como arte, es complemento del aprendizaje práctico del lenguaje oral y escrito, por otra parte, en cuanto examina relaciones entre la palabra y la idea, se da la mano con la lógica e ideología, y en cuanto fija las leyes del idioma, va ligada con las investigaciones filológicas. La gramática debe conciliar uno y otro carácter, sin inclinarse demasiado a lo filosófico ni a lo científico, ni excluirlos tampoco por completo. Los ideólogos franceses soñaron teorías que apartaron la gramática de los hechos históricos y de su instituto práctico. Guardémonos de imitar sus vanas especulaciones. Mas no por eso hemos de prescindir del criterio filosófico. De la gramática deben descartarse las sutilezas, pero sin renunciar a los rectos principios ideológicos ni reñir con la escolástica.

Los gramáticos alemanes, propensos siempre a la análisis científica, especie de fisiología del lenguaje, descuidan por su parte aquellos secretos de bellezas idiomáticas que nacen de la espontaneidad y gracia de los movimientos. Huyendo de esa extrema rigidez científica que quita al lenguaje la frescura y encantos de la vida, conviene, sin embargo, que se depure de resabios de rutina y al fin se enriquezca la gramática con los descubrimientos filológicos, pero sin abandonar, por otro lado, su tecnicismo tradicional. El método gramatical, basado en las categorías establecidas por los gramáticos griegos y latinos, podría acaso ser más perfecto; pero en materia de clasificaciones no es mejor lo más exacto, sino lo más claro y lo más útil. Las

clasificaciones gramaticales forman, como el sistema decimal de numeración, como la notación musical, una clave generalmente adoptada, de que no es dado desviarse sin introducir perturbaciones en el comercio internacional de este género de conocimientos. En suma; la gramática, como toda arte, posee sus medios e instrumentos propios que debe conservar; pero consultando las ciencias que la auxilian o la ilustran, de ellas se aprovecha, y, salvo la nomenclatura que le es peculiar, no ha de mantener ninguna afirmación que por ellas haya sido desmentida.

El método práctico de enseñar idiomas, fundado en la naturaleza y costumbre común de los hombres, y conocido más generalmente con el nombre de ollendorffiano, no es del todo desconocido en la historia de la enseñanza del latín. Los *Diálogos familiares latinos* de Luis Vives (*Colloquia*, 1532) preceden *longo intervallo* a los modernos manuales de conversación. Locke, inspirándose acaso en Vives, recomienda (1693) la enseñanza oral de la lengua latina. Las copias de frases ciceronianas y otros florilegios semejantes, conocidos de muy antiguo, obedecen al mismo principio, sólo que en ellos no se observa la graduación de lo más llano y sencillo a lo más difícil y complicado”.

Mas si el método práctico basta para aprender medianamente una lengua viva como medio de comunicación, no es por sí solo suficiente para el estudio de un idioma muerto y clásico. Bueno es saber hablar el latín, cuando sea necesario; pero no precisamente para hablarlo se le estudia hoy, sino principalmente para saborearlo en sus poetas, filósofos e historiadores, y para conocerlo como lengua madre de nuestra habla

castellana y demás idiomas romances, y como lengua del siglo de Augusto y del Renacimiento de indisputable influencia en el desenvolvimiento de la civilización, como instrumentó de comunicación tradicional, bastándole, además, para ser en cierto sentido universal, el haberle adoptado por suyo la Iglesia Católica.

II. Para combinar cual conviene, según las circunstancias y aptitudes del discípulo, uno y otro método, las reglas y los ejercicios<sup>1</sup>, sirve el maestro, cuyo oficio no ha de reducirse a la rutina de señalar lecciones y tomarlas. No ha de ser el maestro máquina, sino guía inteligente y experto. La gramática, por buena que sea, presenta, por su propia naturaleza, y como reverso obligado de sus ventajas, inconvenientes que el maestro, y sólo él, puede remediar.

El orden en que se disponen las materias gramaticales es excelente para la consulta y necesario para el estudio completo y serio de un idioma, pero no siempre corresponde a camino que lleva el entendimiento de los niños. El gramático aspira a consignar todas las reglas, y en cada regla todas o las principales excepciones; y no todas las reglas, y mucho menos las excep-

---

<sup>1</sup>Al fin de esta gramática se han añadido, desde la anterior edición, dos cursos de ejercicios, en que al propio tiempo que se familiariza el alumno con los giros y construcciones latinas, hasta llegar insensiblemente a aplicar las reglas más indispensables de la sintaxis, adquiere un caudal de voces bastante para que pueda empezar a ejercitarse en la composición latina.

El primer curso está tomado del *First Latin Book* de Arnold, acomodado por A. Harkness al método de Ollendorff; el segundo, reducido al mismo método, tiene por base parte del libro del mencionado Arnold, que lleva por título *A Practical Introduction to Latin Prose Composition*.

ciones, han de grabarse en la memoria en el primer año de estudio. Con el agolpamiento de especies diferentes, de divisiones y subdivisiones, la inteligencia infantil se ofusca y confunde. Lo más natural y provechoso sería dividir la gramática en varios textos, todos completos en cuanto a la materia, pero progresivamente más extensos; y así se practica especialmente en Inglaterra, cuyos libros didácticos son generalmente modelos. Así, por ejemplo, el texto de primer año podría contener las declinaciones y conjugaciones regulares, las principales partículas, y las reglas generales de sintaxis. El texto correspondiente al año segundo repetiría lo mismo con las excepciones y ampliaciones. Pero no se acomoda todavía a nuestras costumbres escolares y sistema de enseñanza la multiplicidad de textos graduados para una misma materia; por lo cual los autores del presente libro se han visto obligados a suplir, imperfectamente, el inconveniente apuntado, señalando con tipos tipográficos de diversos tamaños los dos cursos que corren entremezclados. Aún así, quedan en el primer curso cosas que puede cercenar el maestro como secundarias, atendido el grado de capacidad del discípulo; en el curso segundo van marcadas con un asterisco las observaciones de escasa aplicación o puramente curiosas. El estudiante ha de empezar por ejercitarse hasta poseer las declinaciones y conjugaciones regulares, base sólida para adelantar en este estudio, según el proverbio escolar:

El que conjuga y declina  
sabe la lengua latina.

Siguiendo una práctica autorizada, los autores de esta gramática han dividido la sintaxis en general o

de construcción, y particular, o de régimen. Explica la primera en comprensivas generalizaciones el mecanismo de la oración; la segunda desenvuelve los mismos principios y analiza además giros excepcionales. Esta división lógica, calculada para entendimientos algún tanto cultivados, no es la más conveniente para los principiantes, que naturalmente proceden de lo particular a lo general, y por analogía, ajustando a las fórmulas que primero aprendieron, como a un tipo, los casos semejantes. El alumno que se halle en disposición de ejercitar la memoria más bien que el raciocinio, circunscriba su estudio de sintaxis general a la parte sustancial de los capítulos I, IV, VII, VIII y X, y pase inmediatamente al de la particular.

Nueva muestra de la eficaz cooperación que el maestro ha de prestar al texto nos ofrecen los ejemplos que se allegan en comprobación o ilustración de las reglas, sacados directamente, los más de ellos, de la mina de los autores clásicos. Tales pasajes se han transcrito, salvo la omisión de palabras inconducentes al caso, sin variación, conservando el hipérbaton, elipsis y otras figuras de dicción o de construcción con que se hallan en el original respectivo; y vemos que así lo practican los mejores gramáticos. Y es la razón, que estos ejemplos se copian para ser aprendidos de memoria, y dado el respeto que a lo auténtico se debe, no convendría que el estudiante recuerde como de cual o tal autor frases y conceptos adulterados; antes al contrario, bueno es desde un principio irse acostumbrando al modo de concebir ideas y de expresarlas, de los escritores clásicos, lo cual vale acostumbrarse al gusto más puro, al genio

mismo de la lengua que ellos familiarmente manejaron. Pero estos mismos ejemplos, que para conservados en la memoria o para citados no sufren alteración, puede y debe el estudiante descomponerlos, reformarlos y completarlos por vía de ejercicio, para penetrar su sentido y enterarse de su estructura gramatical, lo que hará bajo la dirección del maestro, o por sí mismo, mediante un examen atento y con el auxilio de las reglas que a fin de facilitarle este trabajo se consignan en el capítulo I de la sintaxis general.

III. El estudio de la sintaxis pide como preparación algún ejercicio en la traducción de temas fáciles, a fin de que pudiendo aplicarse las reglas en materia ya conocida, vayan grabándose dócilmente en el entendimiento. Este ejercicio, anterior al de composición, puede principiar terminado el estudio de las conjugaciones, y debe adelantar, como el otro, con incremento gradual de dificultades; así, de las *Selectas sagradas*, de Lhomond, por ejemplo, puede pasarse al *De viris illustribus* del mismo, y de ahí a las *Selectas profanas* de Heuzet. En Inglaterra y Alemania salen a luz todos los días excelentes selecciones para uso de las escuelas; pero como escribimos especialmente para los americanos, nos vemos obligados a citar entre lo conocido en estas regiones. Por lo que hace a las *Selectas profanas*, no excusaremos recomendarlas como un buen libro de traducción y como una bellísima floresta moral.

Cuando los fundadores de la Academia francesa emprendieron la composición del diccionario nacional, tuvieron por excusado citar autores, porque consideraron que siendo el francés lengua viva, ellos eran los

más autorizados representantes del buen uso. En las lenguas muertas la autoridad de los escritores clásicos es inapelable; en ellos quedó la lengua en forma definitiva, y como estereotipada, y son dechados únicos, y medios obligados de rectificación. Fuera de su mérito intrínseco, aquellos escritores inmortales despiertan la curiosidad y merecen la atención con que se visitan y examinan los monumentos históricos irremplazables.

De la circunstancia de ser muerta una lengua, resulta la necesidad de publicar los textos de sus autores con notas y comentarios. Si las glosas recargadas de erudición indigesta e impertinente son dádalo en que el entendimiento pierde el tino y la voluntad la paciencia, nada hay, por el contrario, que tanto enseñe y sugiera, como el estudio de un autor comentado con erudición sobria, claridad y precisión. Curiosa inconsecuencia ofrecen en esta materia las gentes letradas protestantes, de regiones septentrionales, porque al paso que publican sin notas los oscuros libros orientales de la Sagrada Escritura, fundándose en el principio del libre examen, reconocen prácticamente en lo profano la falsedad de semejante teoría, con el laudable empeño que ponen en anotar y explicar los clásicos griegos y latinos. El método de Robertson para la enseñanza de los idiomas no es otra cosa que una aplicación especial de la lectura comentada, de siglos atrás conocida respecto de los clásicos antiguos, y in interrupción continuada hasta nuestros días en Inglaterra y Alemania especialmente, como indispensable medio de cultivo intelectual. En España, rica en producciones literarias y científicas de otros géneros, la penuria de textos

clásicos es lamentable, y arguye en los directores de la educación pública y privada un descuido e inercia que no tienen disculpa. Algunos autores publicados por los jesuítas de Villagarcía a mediados del siglo pasado, con notas pobrísimas; los *Autores selectos* de los escolapios, colección también del pasado siglo, mejor dispuesta pero todavía harto defectuosa; las *Oraciones* de Cicerón, de Oviedo, y las *Odas de Horacio*, de Escriche: he ahí los principales, casi únicos, textos clásicos publicados en España para uso de las escuelas. Y si algún otro ha salido a luz, muy poco debe de valer, cuando al decir de quien lo sabe — vergüenza da repetirlo — súrtense en España de textos publicados en Francia<sup>2</sup>. Por lo que hace a nuestra América española, que forma con la Península una misma nacionalidad literaria, no conocemos por acá otro texto de la mencionada especie, que las *Epístolas de Ovidio de Ponto*, impresas en Santiago de Chile, con buenas, pero muy escasas notas, del ilustre D. Andrés Bello.

Si se hace forzoso escoger de lo impreso en naciones de extraña lengua, sea a lo menos deliberada y prudente la elección. No hay duda que Alemania, es asiento de la erudición clásica. Pero las obras de los humanistas germánicos, fruto de pacientísima labor y llenas de valiosísimos datos; suelen adolecer de des-

---

<sup>2</sup> El *Anacreonte* de Castillo y Ayensa, y el *Horacio* de Burgos son, como traducciones poéticas comentadas, obras de gran mérito; y la segunda todavía mejor como comentario que como imitación. Pero ni ellas, ni las más recientes versiones poéticas hechas por Bendicho, por el Illmo. Montes de Oca, y por otros humanistas del mundo español, son libros destinados a las escuelas, únicos a que en esta Introducción nos referimos.

igualdad en lo que mira a los juicios, extravagantes muchas veces; claudican por falta de método, y suele ser farragoso el estilo: Los franceses, cuya lengua parece disciplinada por la escolástica, tienen el don del buen gusto, y se recomiendan por el orden y lucidez en la exposición; pero intérpretes más que inventores, no siempre son guías seguros. A nuestro juicio los textos didácticos ingleses son los mejores del mundo, especialmente en materia de autores clásicos. En general, la literatura inglesa es ingenua y sana, y el estudio del inglés, entre todas las lenguas vivas, el más recomendable. Los humanistas británicos a nadie van en zaga en punto a erudición, y a otros aventajan en rectitud de instinto interpretativo, en precisión, exactitud y viveza de lenguaje. Muchísimos son los comentadores ingleses de autores clásicos, que pudiéramos citar; pero limitándonos a lo que más fácilmente está al alcance de nuestros compatriotas, mencionaremos únicamente, como excelente colección clásica, así de obras gramaticales como de ediciones anotadas de autores latinos, la del anglo-americano Ch. Anthon, publicada por Harper, de Nueva York.

Sin desconocer el altísimo mérito de Horacio (autor, entre los latinos, predilecto de los ingleses) ni la conveniencia de estudiarle en las escuelas, siempre que se lea debidamente expurgado, como ya desde su tiempo lo advertía Quintiliano, creemos que el poeta más digno de cautivar el cariño juvenil es Virgilio<sup>3</sup>. El

---

<sup>3</sup> Baste citar el elocuente testimonio de San Agustín: “Vergilium pueri legant, ut, poeta magnus, omniumque praeclarissimus atque optimus, teneris imbitus annis, non facile oblivione possit aboleri” (*De civit. Dei*, I, 3).

formó en todo tiempo las delicias de las naciones latinas; y en las escuelas septentrionales, en que cesó de obtener la preeminencia, cuando la díscola crítica moderna se enfadó de oírle llamar *príncipe* y sé empeñó en destronarle, va ganando día a día aún mayor estimación que antes tuvo, cumpliéndose así el pronóstico del sabio y discreto Felipe Wagner. Entre los mejores comentadores virgilianos modernos — el mismo Wagner, Ladewig, Gosrau, Forbiger, Kennedy, Benoist — debemos hacer especialísima mención de Conington. El comentario virgiliano extenso de este insigne humanista inglés es un trabajo de discriminación finísima, que no sólo ilustra el sentido de cada pasaje, sino que descubre el sistema conceptual del poeta, e inicia a quien atentamente le siga, en toda especie de primores y reconditeces de la sintaxis y poesía latinas.

IV. Sometido el latín a la ley común de las cosas humanas, desde que empezó a cultivarse como lengua literaria hizo progresos, llegó a su mayor altura, y decayó luego. No ha de perderse de vista, al estudiar los autores, la edad en que escribieron, porque la distinción de los tiempos explica muchas diferencias fonéticas e idiomáticas. Cabe distinguir escritores anteclásicos, clásicos, o sea del siglo de Augusto<sup>4</sup>, y postclásicos, con arreglo a esta más o menos exacta classifica-

<sup>4</sup> *Época pre-augustea, augustea y post-augustea* dicen con más exactitud los ingleses. Todavía dentro de la edad clásica hay diferencias notables: del lenguaje semi-rudimentario de Lucrecio a la exquisita perfección de Virgilio parece mediar inmensa distancia. Entre Virgilio y Ovidio no hay gran diferencia de lenguaje pero sí de estilo: en los *Metamorfoseos* no encontró Macaulay, después de curioso escrutinio, sino cuatro versos de sabor puro virgiliano.

ción trazada por Mr. Ellis como norma para señalar las diferencias de pronunciación del latín:

ANTE-CLÁSICOS: Plauto, A. C. 254-184<sup>5</sup>, Ennio, 239-169, Catón Cens., 234-149, Terencio (liberto africano), 195-159, Cayo Graco, 154-122, Lucilio, 148-103.

CLÁSICOS PUROS: Cicerón, 106-43, Julio César, 100-44; Lucrecio, 95-52, Catulo, 87-47, Salustio, 86-34, Virgilio, 70-20, Horacio, 65-8, Augusto, A. C. 63-A. D. 14, Fedro (liberto suyo, de incierto año), Livio, 59-A. D. 17, Tibulo, 54-18, Propercio, 51, Ovidio, 43-A. D. 18.

POST-CLÁSICOS: Plinio el viejo, A. D. 23-79, Silio Itálico, A. D. 25-100, Lucano, A. D. 39-65, Quintiliano, A. D. 40-118?, Tácito, A. D. 60-118?, Estacio, A. D. 61-96, Plinio el mozo, A. D. 61-105, Juvenal y Suetonio (fines del siglo primero).

EDAD DE TRANSICIÓN SIGLOS SEGUNDO Y TERCERO: Aulo Gelio, A. D. 117-180, Terencio Mauro.

SIGLOS CUARTO, QUINTO Y SEXTO: Macrobio, Servio, Prisciano (gramáticos).

No es dado es decir sino conjeturalmente lo que hubieran juzgado lo que poseyeron el latín como lengua viva, del grado de pureza y propiedad de los modernos escritores latinos. Presumimos que Cicerón no habría desaprobado la prosa de Bembo, de Mureto o de Flemínio, y que la musa de Virgilio no desdeñaría muchos pasajes bellísimos de Poliziano o de Renato Rabino. En los siglos XVI y XVII, especialmente, empleáronse eminentes ingenios en restaurar la lengua latina, hacien-

<sup>5</sup> Las fechas que llevan antepuestas las letras A. C. (ANTE CHRISTUM) o que van escuetas, indican años antes de Cristo; A. D. significa ANNO DOMINI, o sea año de la era cristiana. Vid. al fin de los ejercicios, el apéndice sobre cronología romana.

dola servir a todas las ideas de la civilización moderna; no hubo asunto científico que no fuese tratado en poemas, y entre éstos algunos hay de indisputable mérito. Semejante esfuerzo de adaptación traducción de ideas nuevas a formas antiguas, es uno de los ejercicios más delicados y difíciles, y que más agilita las facultades mentales. Ningún aficionado al estudio del latín deberá despreciar la literatura clásica del Renacimiento. Recomendamos, como la mejor muestra de la flexibilidad del latín y del poder del ingenio, los *Poemas didascálicos* de varios autores, reunidos por Ollivet; y entre colecciones de trozos selectos, en prosa y verso, la que, ordenada por géneros literarios, publicó a principios de este siglo el insigne humanista francés Fr. Noël, autor del *Gradus ad Parnassum*, libro auxiliar indispensable para los estudiantes de prosodia y métrica latina.

El latín eclesiástico debe ser severo, y ajeno al adorno y a la pompa, pero no a la propiedad y a la corrección, que no son cualidades sólo exteriores del estilo, sino reflejos fieles de la precisión y limpieza del pensamiento. Los documentos doctrinales del sabio Pontífice que preside hoy felizmente la Iglesia Católica, y que en años anteriores se preció de cultivar la poesía latina al mismo tiempo que profesaba la filosofía escolástica, demuestran cuán bien se juntan y auxilian la verdad teológica y la precisión dogmática, por una parte, y por otra, la nobleza de estilo, la distinción y buen tono en el decir.

V. No llevará a mal el curioso lector que se reproduzcan aquí los breves y discretos consejos que

Roby estampa al frente de su sintaxis latina, sobre el mejor modo de estudiar la gramática. En primer lugar, el estudiante debe procurar formarse una idea general del plan seguido en el texto, o sea, de la distribución de materias; luego estudiará atentamente cada una de las divisiones o capítulos de la obra, y fijará la consideración en los ejemplos, comparando unos con otros, y en las afinidades o desemejanzas que presenten. Cuando ya tenga algún acopio de doctrina, escogerá el estudiante un trozo de autor selecto, por ejemplo una oración, o algunos párrafos de Cicerón, o bien una epístola de Horacio, a fin de estudiar prácticamente la gramática, notando todos los ejemplos que ilustren las reglas contenidas en el texto didáctico. Y si quiere adelantar en el conocimiento de la lengua, ha de repasar muchas veces aquel trozo escogido, y cada vez con señalado objeto: así, podrá leerle una vez fijándose únicamente en los verbos, sus tiempos y modos; otra, examinando el valor de los casos, o el de un caso especial, en los nombres que ocurran; otra, la ordenación de los términos y sentencias; otra, el uso de varias partículas; otra, el empleo de diversas clases de palabras y el papel que desempeñan en la frase o sentencia. Podrá volver a examinar el mismo trozo fijándose en la parte fonética, o en la formación de las voces y sus sufijos. Podrá investigar exclusivamente hasta qué punto ciertas palabras notables conservan su significación primitiva, o por qué manera y hasta qué punto se desvían de ella. Y adelantando más, podrá, por medio de la comparación de aquel autor con otros escritores, confrontar el giro de la prosa con el del verso, y la prosa de

un orador, como el que nos representan las oraciones de Cicerón o las imaginarias arengas que en su narración interpola Tito Livio, con la de una persona de buena sociedad, cual aparece en las cartas de Cicerón, o con la propia del trato común y corriente, que nos ofrece Plauto, o con la de un historiador como Livio o Tácito; o bien, notar los puntos en que el siglo de Cicerón difiere del que le precedió, o de la época de los contemporáneos de Augusto, o de la edad subsiguiente. Mas tal lectura y apuntamientos no han de hacerse a la ligera y por encima; de un modo o de otro el estudiante debe copiar los ejemplos que ilustran la parte de la gramática que ocupe por el momento su atención, y anotarlos cuidadosamente en el ejemplar que maneja.

Además, no basta una sola gramática, aprovecha estudiar varias — dice con ingenua modestia, desconfiando de la suya propia, no obstante ser muy completa, el docto filólogo arriba mencionado. Cualquiera que sea, a nuestro juicio, el mejor modo de disponer y ordenar las materias gramaticales, siempre es cierto que el examen de otro sistema diferente, como esté fundado en principios inteligibles, suministrará nuevos ejemplos y observaciones, y permitirá contemplar algunos puntos bajo nuevos aspectos o con mejor luz.

Como complemento de estas juiciosas indicaciones vendría bien citar algunas de las mejores gramáticas latinas; sin agraviar a nadie, a Madvig corresponde el primer lugar que todos de buen grado le conceden entre los gramáticos latinos modernos; entre otras me

rece justa recomendación la gramática de Key, sin negar por eso que hay muchas que no le ceden ventaja.

Las gramáticas explican *la forma*, y requieren el auxilio de los diccionarios, que ordenan *la materia*. Y los que aspiren a mayor perfeccionamiento en este estudio que, como todos los conocimientos, no tiene meta conocida, deben consultar las obras especiales, léxicas o expositivas, ya sobre determinados departamentos gramaticales, como lo es, entre las de primera clase, el diccionario *de particulis* del jesuita Tursellino, ampliado y refundido por Hand; o ya las monográficas sobre el lenguaje y estilo del autor que merezca la predilección de cada cual.

VI. El epígrafe tomado de Bello y estampado en la portada de este libro, anuncia que los autores han puesto especial esmero en el cotejo del giro latino con el castellano. Si el estudio de un idioma cuando se hace aisladamente, viene a ser estéril, por falta de ambiente y horizonte, ninguna comparación es, al contrario, tan fecunda como la de la lengua nativa con la lengua madre. La castellana, como todas las romances, es legítima hija del latín: verdad comprobadísima que sirve de fundamento a estudios comparativos como los de Diez y otras modernas lumbreras de la filología. De la descomposición del latín surgieron como nuevos organismos las lenguas romances; o de otro modo, para no desconocer el aspecto progresivo de los hechos, el latín, con la descomposición de la sociedad antigua, se *transformó* en las diversas lenguas que se hablan en el mediodía de Europa y en la América española, las que, a pesar de nuevas modificaciones, conservan

el sello original y señales claras de inmediato e innegable parentesco; por manera que quien quiera estudiar bien el castellano, necesita empezar por el principio, que es el latín. En esta comparación entre la lengua patria y sus inmediatos orígenes, tan interesante cuanto descuidada por los propios, no hemos excusado extendernos, ya en observaciones adicionales o ya en notas, mayormente en algunos puntos de sintaxis erróneamente tratados en las gramáticas castellanas.

VII. La presente obra, destinada primero a un reducido número de alumnos, vio la luz pública en 1867; hízose segunda edición, aumentada con una prosodia, en 1869; en 1876 se reimprimió adicionada con los ejercicios, que ahora se repiten en esta cuarta edición. De los numerosos testimonios de benevolencia y aprecio que ha merecido, ninguno tan solemne y valioso, aunque no directo, como el que se contiene en el dictamen de la Real Academia Española que a continuación de estas líneas se reproduce. A pesar de todo, los autores de este libro saben bien cuánto dista de la perfección relativa que ha alcanzado en otras naciones esta clase de enseñanza. Ausente uno de ellos, años ha, y ocupados ambos en premiosas y arduas tareas, sienten no haber podido presentar al público esta nueva edición de la gramática latina destinada al uso de los hispanos, con todas las reformas y aumentos que pedía. La reimpresión era solicitada con empeño por varios institutores; y ya que no perfeccionada, la presente edición sale revisada, en algunos puntos mejorada, y en su parte material muy superior a las anteriores; con lo cual, ya

que no el aplauso, de esperar es que logre la indulgencia de los amantes de las letras latinas.

Bogotá, septiembre de 1 886.

#### NOTA

Como colecciones de autores clásicos anotados por profesores eminentes, mencionaremos: *Bibliotheca Classica*, edited by George Long (London, Whitaker & C°); — *Bibliotheca Scriptorum Romanorum Teubneriana* (Lipsiae, Teubner); — *Römische Classiker* (Lipsiae, Tauchnitz). Como colección de textos para escuelas, *Clarendon Press Series of School Classics* (Oxford, Clarendon Press).

Los comentarios de las colecciones inglesas están escritos en inglés; los de las alemanas, en latín.

La obra fundamental de la lexicografía latina es el *Totius Latinitatis Lexicon*, de Forcellini. Recomendable por extremo en la edición moderna dirigida y ampliada por De Vit, Patri (Italia).

#### SIGNOS Y ABREVIATURAS

= Signo de igualdad: enlaza formas o frases equivalentes.

*Cf., Confer*, cotéjese, compárese.

*i. e., id est*, esto es.

*sc., scilicet*, es decir, a saber.

*sq., serpientes o sequentibus*, siguientes, en los siguientes.

El paréntesis se ha empleado a veces para encerrar palabras que se suplen y formas anticuadas; y la letra mayúscula para denotar, en pasajes de poetas, que aquella voz es principio de verso.